

Linda
DESCONOCIDA

Hilda Rojas Correa



ROMANCE & LETRAS

© Hilda Rojas Correa

Primera edición: diciembre de 2019

Autopublicación

Diseño portada: Pamela Díaz

Imagen de portada: Chad Madden - Unsplash

Safe Creative: 1904140644980

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o prestamos públicos.

—Dios mío, ¿por qué me escupiste en este foso séptico medieval y no en Brasil? —se preguntó Daniela mirando la fotografía del atractivo actor en Instagram—. Es hermoso ese infeliz... —Siguió deslizando su dedo por la pantalla de su móvil.

Después de almorzar, el ritual de ella consistía en fumar un cigarro —el único del día—, mientras recreaba la vista mirando a todos sus *crush* de la red social de imágenes.

—¿Por qué eres así, Daniela? —se interpelló, perdida en los ojos azules del supermodelo que le devolvía la mirada—. Moriré soltera, todos estos papacitos deben chutear para el otro equipo, y si son hétero, viven a tropecientos mil millones de kilómetros.

Siguió deslizando su dedo. Embelesada, dejaba una estela de «Me gusta», coquetos comentarios con *emojis* de caritas con corazoncitos, fuegos, gotas de agua, besos con amor...

Miró la hora, suspiró y se fue de nuevo a la oficina, a ejercer su tedioso trabajo de asistente —que solo era un nombre bonito para no llamarla «secretaria»— en el área de informática de la Mutua de Seguridad. Había cursado estudios técnicos de análisis de sistemas, pero, desde su último empleo, no había podido ejercer su carrera. El mercado laboral estaba saturado, por lo que optó por trabajar en lo que viniera, desesperada por no seguir un mes más como cesante.

Se sentó en su cubículo, encendió su *laptop* y se dispuso a trabajar; revisó sus correos, empezó a coordinar reuniones, a hacer presentaciones en PowerPoint, hacer café a su jefe, pedir cotizaciones, y un largo etcétera de labores.

Su teléfono sonó, acusando la entrada de un mensaje de WhatsApp. Daniela dio un respingo, miró de soslayo en todas direcciones, no le gustaba que la sorprendieran con el móvil en la mano. Una vez, su jefe la reprendió con dureza porque le habían llegado comentarios de que se la pasaba chateando. Por ese motivo, dejaba, usualmente, su móvil en modo «No molestar» cuando volvía del almuerzo.

Otra notificación.

Entornó sus ojos, había olvidado activar el maldito «No molestar».

Otra, otra, otra notificación.

Daniela volvió a dar una mirada rápida a su alrededor y sacó el móvil de su cartera. Al desbloquear la pantalla, vio que los mensajes provenían del grupo «Las sobrevivientes del Lincoln», en el cual estaban sus únicas tres amigas que conservó de sus estudios de enseñanza media.

Tenía cincuenta mensajes sin leer. Esa considerable cantidad solo podía ser por dos motivos: una de ellas estaba contando un problema, o estaban tratando de organizarse para una salida.

Leyó rápido la conversación, estaban hablando de lo último. Tal parecía que los planetas se habían alineado, Mercurio estaba retrógrado y había tormentas solares que amenazaban con invertir el campo magnético de la Tierra, porque todas estaban de acuerdo de reunirse ese sábado a las dos de la tarde en el «Emporio de la Rosa» de Providencia. Solo faltaba ella para que el pacto fuera sellado.

Daniela sonrió, necesitaba ver a esas locas, reír y olvidarse de su deprimente vida como «gatimadre» de once felinos y acosadora virtual de actores, modelos y cantantes. Era la menor de tres hermanas y era la única que aún vivía con sus padres.

Escribió rápidamente un escueto «Confirмо mi asistencia, enfermas mentales, las extraño» y dejó su móvil en modo «No molestar».

Esa tarde de sábado se reunieron las cuatro amigas; mujeres independientes de veintisiete años que ya están formando sus propias vidas. Ana regentaba una librería junto a su padre, Mabel trabajaba en una notaría con un jefe imbécil y Marta trabajaba como contadora y gozaba de una sequía sexual a raíz de su reciente separación.

El motivo que las convocó fue analizar los pormenores de la situación sentimental de Ana, quien, semanas atrás, había terminado su eterna y desgastada relación con Joaquín, un idiota a la máxima potencia, y que estaba en la disyuntiva de avanzar

sentimentalmente con otro hombre al que había conocido hacía poco, y que les estaba ayudando a ella y a su padre a revivir el negocio.

Ana las puso al día. Resultó que, en efecto, había empezado una intensa relación con Jason, y estaba avanzando a pasos agigantados. Al fin, estaba disfrutando como nunca de una relación sana; el hombre, en apariencia, era uno en un millón.

Daniela estaba contenta por ver a su amiga feliz. Pero sentía una pequeña punzada de envidia. Ella tenía una vida plana y monótona, nada que ver con la nueva vida de Ana.

No le gustó sentir aquello, no era propio de ella, se deshizo de esa sensación e intentó continuar con la conversación, y provocó con ligereza:

—No, esta no es la Ana que conocemos. Tienes que mostrarnos una foto del hombre que te está convirtiendo en una zorra.

Ana, un poco reticente, buscó una fotografía en su móvil y se las mostró. Para asombro de las tres amigas, el hombre, que era un dechado de virtudes, resultó ser un sujeto muy, muy atractivo.

Daniela pensó que Ana no podía tener mejor suerte, pero la merecía después de haber estado con el imbécil de Joaquín. Tener un buen hombre a su lado y, además, atractivo, era como sacarse la lotería.

—Dime que tiene un hermano, porfi, porfi —rogó Daniela esperando que se le contagiara algo de la magnífica suerte de su amiga.

—Tiene un hermano que se llama Bernardo —confirmó Ana—, lo conocí ayer, de hecho. Es bastante guapo y un poco más delgado que Jason.

—¿Tienes una foto de él? —interrogó Daniela sonando un poquito desesperada.

Ana dijo que sí y empezó a buscar una foto en su móvil y se la mostró a sus tres amigas.

Todas alzaron sus cejas.

—¡Ese es mío! Yo lo vi primero —exclamó Daniela por impulso, apropiándose de ese joven desconocido, el cual era un

hombre muy diferente al novio de Ana, pero que tenía un singular atractivo. Era un tipo normal, cabello negro, rasgos angulados, ojos color avellana. No era un súper modelo ni nada parecido. Pero tenía algo su mirada que, de inmediato, le llamó la atención a Daniela, una intensidad que no lograba explicar con palabras.

«Una soberana idiotez», pensó ella, desestimando lo que sintió.

Las cuatro amigas siguieron hablando durante toda la tarde y, al finalizar, prometieron intentar juntarse un poco más seguido, ya que el único medio que tenían para conversar era WhatsApp, y era el colmo que todo se redujera a mensajes de texto y de voz. Daniela creía que no había nada mejor que una buena conversación con las amigas, tomando un café y comiendo todos los dulces del mundo. Eso era impagable.

Llegó el lunes, martes, miércoles, jueves... viernes. El fin de semana para Daniela, fue solo más de lo mismo; estar con sus gatitos, ordenar el desastre en su habitación y ver cómo la vida pasaba. La única distracción de Daniela era su insana relación con Instagram. Ese día sábado, revisando las fotos, vio una de Ana que le llamó la atención. Era una imagen de ella con su novio y sus cuñados. Una ridícula sensación de felicidad se apoderó de Daniela al constatar que Bernardo que estaba etiquetado las fotos. Eso quería decir que él también tenía una cuenta y, sin siquiera cuestionárselo, entró al perfil de él.

Para su gran fortuna, Bernardo tenía un perfil público, por lo que pudo ver lo que él subía a la red. Diez seguidores, cien seguidos. Muy pocas *selfies*, pero muchas fotos de su vida cotidiana. Pudo apreciar que disfrutaba del café, de las pastas, de salir de vez en cuando hacer *trekking* con amigos, estudiaba, trabajaba y adoraba a su mamá. No había fotos de novias o de amigas, las únicas mujeres que aparecían en sus instantáneas eran su hermana, su madre o su cuñada. Lo llamativo de cada una de esas imágenes era que parecían ser tomadas con algún tipo de

cámara profesional o, tal vez, Bernardo era un fotógrafo excepcional. La luz, el enfoque, el ángulo, todo hacía entender que él, al menos, tenía conocimientos de fotografía, se notaba que no usaba los filtros de la aplicación.

Daniela sonrió, pensó que le gustaría conocerlo, constatar que era el buen tipo que aparentaba ser a través de sus fotos. Si es que llegaba a tener la remota oportunidad de encontrarse con él... no le agradaba la idea de que su amiga lo presentara, sentía que era forzar la situación.

Cerró la aplicación sintiéndose una intrusa de la vida de ese hombre.

Definitivamente, estaba perdiendo la cabeza.

Decidió que ya no podía continuar así, estar pendiente de vidas ajenas o de sujetos inalcanzables, estaba jugado a algo muy peligroso con la obsesión. Sintió la horrible sensación de que se estaba perdiendo de su propia vida. Tenía que hacer algo por ella, algo que la llenara, algo que le hiciera sentir que no estaba flotando a la deriva.

Algo que no le hiciera anhelar una vida ajena.

Primero empezó a salir... sola, sin más compañía que sí misma. La primera vez que lo hizo se sintió patética, ridícula e incómoda. Fue a un cine del centro de Santiago y compró una entrada para ver «Moana». Sí, sabía que era una película para niños, pero ella las disfrutaba de igual forma. Al terminar su experimento, se dio cuenta de que no había sido tan malo como para no repetirlo.

Y así, comenzó a tener citas consigo misma; un día fue a tomar un par de tragos y brindó por sus mininos, otro día fue al teatro para reír con una comedia, visitó el Museo de Bellas Artes, el zoológico, incluso un día fue a un concierto de rock. Debía admitir que lo pasaba muy bien estando sola, pero, de todas formas, tenía la sensación de querer compartir con alguien más. Era una lástima no poder llevar a sus gatos a ninguna de sus citas, así como también era una lástima no poder dejar de ver las fotos

de hombres guapos en Instagram. Claro que ahora estaba un poco más comedida con sus obsesiones.

También debía admitir que, de vez en cuando, solía entrar al perfil de Bernardo. Hasta el momento y, en apariencia, no tenía novias, solo seguía tomando instantáneas de la ciudad, de su familia y de sus aficiones.

Pero todo cambió drásticamente un día cuando ella estaba terminando su hora de almuerzo. Les echó un ojo a las fotos de Bernardo y grande fue su sorpresa al encontrar una foto de ella, en la que se encontraba sentada en una banca mirando la nada. Estaba en blanco y negro, de perfil con el cabello largo al viento.

Él le había tomado una foto, una muy linda. Daniela dudó que era ella, pero la ropa la delataba.

A Daniela le temblaron las manos, y el corazón se le aceleró en una vertiginosa carrera por explotar. ¿Cómo era posible que él le hubiera hecho una fotografía sin darse cuenta? Intentó identificar en qué lugar había sido tomada la instantánea. Según el entorno, solo podían ser dos lugares: el Parque Forestal o la Plaza Brasil. En el comentario de la fotografía solo decía «La linda desconocida».

Daniela sonrió nerviosa. Él pensaba que era linda.

Se preguntó si sería una estupidez de su parte contactarlo y decirle que ella era la mujer de la fotografía. Ante ese dilema, decidió echarlo a la suerte. Emocionada de sentir que algo especial estaba pasando, sacó una moneda de su bolsillo y la lanzó al aire; si era cara lo contactaba y, si era sello, lo dejaba pasar.

Cara.

—¡Ay!, pero ¡¿cómo se lo explico sin parecer una acosadora lunática profesional?! —se cuestionó indecisa y revolviéndose el cabello—. Bueno, en teoría lo soy... ¡Ay, pero él no lo tiene que saber!

Ver a Daniela en ese instante, era como estar frente a una versión femenina de Gollum hablando consigo misma, sufriendo un trastorno de personalidad múltiple. Una parte de ella deseaba contactar a Bernardo, la otra solo quería que la tierra se la tragara.

—No seas cobarde, Daniela, la suerte ya lo dijo, ¡hazlo de una

buena vez! —se presionó a sí misma con vehemencia.

Con su dedo índice apretó el botón «Seguir». Puso su móvil en modo no molestar y volvió a su trabajo.

Y con aquel heroico acto, selló su destino.

MasterOfKitties ha comenzado a seguirte.

Bernardo alzó una ceja, intrigado ante tan inusual notificación. La foto de perfil de MasterOfKitties era tan solo la cara de un gato negro. Ingresó al perfil del seguidor misterioso, y grande fue su sorpresa al ver fotos de la linda desconocida. Una mujer que había fotografiado una tarde de sábado en el Parque Forestal. En esa ocasión, él estaba tomando fotos del lugar que estaba cubierto con una evocadora alfombra de hojas secas y no reprimió el impulso de tomarle varias instantáneas a aquella mujer. Se veía tan tranquila, tan despreocupada y contenta en su propia piel, que no quiso perder la oportunidad de capturarla para siempre. La foto que más le gustó la subió a su cuenta.

Siguió mirando las fotos del perfil de la mujer, había gatos... muchos gatos, de todos los colores y tamaños, fotos con su familia, cumpleaños, afiches de películas, una copa de Cosmopolitan, una taza de café, sus botas sobre las hojas del Parque Forestal, varias fotos con sus amigas. Una era una cara muy conocida.

Una sonrisa se dibujó en su rostro, no lo dudó ni un instante, solo presionó el botón «Seguir».

BernardoBarrios ha comenzado a seguirte.

Una «O» se dibujó en sus labios, y luego una risa nerviosa emergió de su garganta. Varias personas la miraron de soslayo. Daniela estaba en un repleto vagón de metro.

Volvió a dar una risita nerviosa y sintió la cara caliente.

Pensando en que ya había pasado lo peor, le envió un mensaje.

«Hola, soy la “Linda desconocida”, quería darte las gracias por tomarme una foto tan bonita. No soy especialista, pero considero que tienes mucho talento con la fotografía. Saludos». Daniela le dio a enviar, guardó su móvil, la siguiente era su estación y debía moverse entre esa masa apretada de personas.

Cinco minutos después, cuando por fin pudo poner un pie en el andén, revisó su teléfono. Bernardo vio su mensaje, mas no había respuesta.

Desilusionada, se encogió de hombros. Que nadie dijera que no lo había intentado.

—Anita, cuñadita linda —saludó Bernardo, muy zalamero, sentándose al lado de ella en el sofá—. Tengo una pregunta que solo tú puedes contestar.

—No tengo plata, Berni —respondió, sin despegar su vista de su libro.

—Nunca te he pedido plata, habladora.

—Siempre quise decirlo —replicó con un sonrisa guasona, centró su atención en Bernardo y repuso—: ¿En qué puedo ayudarte, cuñadito?

—¿Qué tan lunática es esta mujer? —preguntó sin endulzar, al mismo tiempo que le mostraba la imagen que él había tomado de «MasterOfKitties».

Ana frunció el ceño y miró a Bernardo, y luego volvió a mirar la foto.

—Es Daniela, la conozco desde que tengo catorce años... No es lunática, solo tiene una fijación con ver celebridades masculinas en Instagram... —defendió—. Lleva tres años sin pareja, tiene once gatos, pero es la mejor amiga del mundo —respondió convencida—. ¿De dónde la conoces?

—No la conozco, solo le tomé esa foto... y un par de semanas después, ella siguió mi cuenta. Cuando noté que ustedes se

conocen, la seguí de vuelta. Hace un rato me contactó con un mensaje dándome las gracias por la foto, la encontró bonita.

—¿Y?, ¿le contestaste?

—No —respondió—. No sé si hacerlo, solo me pareció extraño. Por eso te pregunto si es lunática.

—Salvo por su afición a recrear la vista con hombres apuestos y rescatar mininos, es una mujer bastante cuerda... —explicó Ana.

Bernardo se quedó un momento pensativo, aquellas aficiones no eran requisitos suficientes para catalogarla como una lunática. Pero no había vuelto a querer a conocer nadie del sexo opuesto desde su última relación que había terminado casi como un thriller sobre una mujer psicópata, que no aceptaba que tenía un monumental problema de celopatía.

—¿Y por qué lleva tanto tiempo soltera? —interrogó Bernardo al cabo de unos segundos, intentando ocultar pobremente su curiosidad.

—¿Y por qué no le preguntas tú?

Bernardo la miró con un elocuente gesto, con el cual decía «¿En serio, Ani?»

Ana puso los ojos en blanco... ¡Hombres!

—El hijo de puta de su novio la dejó plantada en el altar —respondió lacónica.

—¿El tipo se fue con la mejor amiga de la novia? —preguntó con un tinte de cinismo.

—No, nada tan dramático como eso. Alejandro solo fue cobarde por no arrepentirse antes.

—¿Y por qué dices que es un hijo de puta? —interrogó intrigado.

—Los gastos de la boda, fue literal lo de dejarla plantada. Ese hueón desapareció y la dejó endeudada por cinco millones de pesos.

—Mierda.

—Sí, le ha costado mucho saldar esa deuda, incluso la independencia; tuvo que volver a vivir donde sus padres para arrendar el departamento que iba a compartir con su futuro

esposo. Al menos eso se pagará solo. Imagínate, no serían solo cinco millones, sino cuarenta... Menos mal que eso estaba a su nombre, un bien raíz nunca está de más...

—Y este tipo, ¿era atractivo? —siguió Bernardo con su interrogatorio, quería buscar la raíz de su primera afición.

Ana hizo una mueca de rechazo. Y volvió a su lectura.

—Era regular, tirando para feíto. Pero ella lo amaba mucho. Ya sabes, el amor es ciego —declaró y lo miró de reojo.

—Sí... a veces. Eso es una lástima.

—¿Le vas a contestar? —preguntó Ana fingiendo que su novela era más interesante que la respuesta—. Al menos sé educado, te está agradeciendo, no pidiéndote ser tu novia. Ya te dije, no es una lunática... ni siquiera se acerca a dos milímetros del polvo de los zapatos de tu ex... esa sí era una lunática.

Bernardo no dijo nada, volvió a mirar su móvil y la foto de la «Linda desconocida».

Daniela se acostó temprano, apenas probó bocado cuando llegó a casa. Se quejó de un dolor de cabeza —inexistente—, y se fue a dormir.

En cuanto puso la cabeza sobre la almohada, seis gatos le hicieron compañía, los otros cinco preferían dormir en distintas partes de la habitación de ella. A Daniela le relajaba el sonido del ronroneo de sus mascotas, la sensación de cómo refregaban sus cabezas en sus manos demostrando el respeto que sentían hacia su humana.

Daniela sentía un atisbo de tristeza y arrepentimiento, su ánimo había bajado lo suficiente como para recordar sus fallos, sus fracasos, sus errores. En medio de la oscuridad de su habitación derramó unas lágrimas tibias, las cuales secó con las sábanas.

Acarició el cálido y suave pelaje de «Panqueque», el primer gato que rescató, quien respondió con un ronco maullido.

—Suficiente de autocompasión. Mañana me invitaré una

copa de helado gigante, iré al «Emporio de la Rosa» de Lastarria —decretó, dio un suspiro y pronto se entregó a los seductores brazos de Morfeo.

Muchas gracias a ti por posar involuntariamente.

Daniela parpadeó muy sorprendida por el mensaje que le dejó Bernardo, le arrancó una sonrisa y un suspiro de satisfacción.

Dejó el móvil a un lado, tenía un suculento helado de chocolate araucano, miel de ulmo y pistacho esperando a ser devorado. Se lo comió tranquila, leyendo un libro y disfrutando cada sabor, el amargor del chocolate, el dulzor de la miel y el pistacho que era el término medio.

Una hora duró su gratificante cita. Decidió que pasearía un rato por el cerro Santa Lucía, estaba muy cerca y el tiempo estaba ideal, nublado, con viento, pero no hacía frío.

A Daniela le gustaban el otoño y la primavera, detestaba los extremos como el verano y el invierno. Ese día de abril lo sentía especial para caminar y estirar las piernas.

Avanzó por el sendero de tierra, quería llegar al mirador que estaba en la cima del cerro. Los árboles estaban medio desnudos, y las hojas que quedaban llenaban el entorno de cálidas tonalidades que le encantaban.

Su celular anunció una notificación. Daniela, con curiosidad, lo sacó de su pequeño bolso.

BernardoBarrios te ha etiquetado en una publicación.

Daniela, extrañada, frunció el ceño y abrió la publicación. Era una foto de ella, arreglándose un mechón de cabello que el viento estaba despeinando. Era una foto bonita... tomada en alguna parte del cerro. Se titulaba, «Una vez puede ser la casualidad, dos veces, puede ser algo más».

Sorprendida, miró en todas direcciones, pero no había nadie.

Dio media vuelta y, a lo lejos, caminaba un hombre en su dirección.

Ella se quedó quieta, a la espera. Sabía que era Bernardo. No iba a negar que sus piernas empezaban a temblar y que el corazón estaba a punto de escaparse de su pecho. Estaba nerviosa porque todo era surreal porque, aparte de sus compañeros de trabajo y de su papá, no había hablado con un hombre en tres años.

Porque no sabía qué hacer.

Bernardo llegó frente a Daniela y esbozó una tímida sonrisa. Había sido una loca coincidencia encontrarla en ese mismo lugar. Su lado desconfiado pensó que ella lo había hecho a propósito. Pero esa idea pronto se esfumó, en cuanto Daniela pasó, literalmente, al frente de él mientras tomaba fotografías de los parajes del cerro con su cámara, y no le había prestado atención, solo avanzaba, admiraba los árboles, escuchaba el trinar de los pájaros. Tenía de nuevo esa expresión de satisfacción en su rostro, de que en ese preciso instante no necesitaba nada más que a sí misma... Y él sabía, a grandes rasgos, lo que ella había vivido.

Ver cómo su plan de vida se derrumba, lidiar con las consecuencias, e intentar salir adelante, solo avanzar.

Eso era admirable.

Daniela no podía decir nada. Bernardo en carne y hueso, era una versión en alta definición mil veces mejor que una fotografía. Sí, era atractivo, pero no abrumador ni quitaba el aliento. No obstante, lo más sobresaliente era la intensidad de sus ojos avellanados. No lo conocía, pero sentía que debía hacerlo.

—Hola —saludó él al fin—. ¿MasterOfKitties?

Ella asintió e hizo un mohín que a él le causó ternura.

—Prefiero Daniela fuera de Instagram. —Extendió su mano, él se la tomó y se dieron un apretón—. Un gusto conocerte, BernardoBarrios —afirmó sonriendo, relajándose de a poco—. He ahí el motivo por el cual tomas tan buenas fotos —señaló apuntado la cámara de él.

—Ah... sí... esto... —balbuceó comenzando a sentirse nervioso—. Es una afición, me gusta tomar buenas fotos.

—Son muy buenas... —subrayó.

—Las que publico son las buenas, una captura precisa entre muchas que no lo son —replicó.

Se quedaron en silencio, de pronto no supieron qué más decir. Él debía admitir que ella le intrigaba, quería saber más... Y si no decía nada más, jamás lo iba a averiguar.

«Di algo, estúpido».

—¿Has tomado fotografías desde la cima? —preguntó Daniela tomando la iniciativa.

—No... —«Ahora, idiota, ahora»—. ¿Me acompañas?

—Por supuesto... Un poco más arriba está la estatua que conmemora a los protestantes, suicidas y ateos. ¿Sabías que aquí los enterraban?

—¿En serio? —replicó alzando sus cejas, de verdad no lo sabía.

—Ajá. —Asintió—. Es muy linda...

Caminaron a paso lento, conversando, relajados, dejando que la confianza comenzara a fluir entre ellos, como el viento tibio que acariciaba sus rostros.

Poco a poco Bernardo se convenció de las palabras de su cuñada, Daniela no era una lunática, solo poseía una pequeña pizca de locura, la suficiente para que fuera parte de su equilibrada personalidad; por un lado, era fresca, relajada, despreocupada y, por otro, era madura, estoica y constante.

Y, después de todo, ¿quién no tenía un poco de locura?

A Daniela le gustó mucho la compañía de Bernardo, era cómodo caminar a su lado. Había algo en él que le agradaba, su forma de hablar, de expresarse con sus gestos, percibía algo de timidez, pero también confianza y seguridad en la medida justa para no ser un idiota arrogante.

Le gustaba que no fuera así, las personas arrogantes no reconocen cuando algo no va bien... lo ocultan hasta que no hay vuelta atrás.

Después de dos horas, entre fotografías, buena conversación y caminar, llegaron a las faldas del cerro que besaba la Alameda.

—¿Vas a tomar el metro? —preguntó Bernardo mientras cruzaban la calle Miraflores, en dirección poniente.

—Sí, ya está empezando a hacer frío y tardo hora y media en llegar a casa —explicó Daniela, natural—. ¿Y tú tomas el metro?

—No, solo tengo que caminar diez minutos hasta La Moneda, vivo en Teatinos.

—Suertudo...

—Podría decir que sí, pero es una historia larga... ¿La quieres escuchar el próximo sábado? —propuso queriendo verla otra vez.

—Me encantaría —aseguró Daniela, al tiempo que llegaban a la entrada de la estación de metro.

—¿Aquí mismo, a las cuatro? —improvisó Bernardo para comprometerla en ese momento.

—Ya, súper... —aceptó con entusiasmo. Miró de soslayo las escaleras de acceso, no queriendo irse, pero debía—. Cuidate, nos vemos la próxima semana.

—Nos vemos... De verdad fue un gusto conocerte.

—Sí, para mí también fue un gusto. —Sonrió.

Bernardo se inclinó y Daniela se empinó levemente, se dieron un breve beso de mejilla.

—Estás helada —dijo Bernardo, Daniela rio y asintió—. Apúrate, no vayas a resfriarte —exhortó indicando la entrada del metro.

—Nos vemos. —Daniela hizo un gesto de despedida con sus dedos.

Bernardo se quedó mirándola hasta que ella descendió y giró hacia la derecha perdiéndose de su vista.

Un año después...

Daniela estaba acostada en su cama rodeada de todos sus gatos. Había sido un día agotador, pero aún estaba llena de energía, faltaba lo mejor para que todo terminara.

Revisaba su Instagram mirando una muestra de decoración de *cupcakes*. Y entró una notificación.

BernardoBarrios te ha etiquetado en una publicación.

Daniela esbozó una sonrisa y revisó la fotografía.

Era ella vestida de blanco, besando a Bernardo quien vestía un impecable traje.

El comentario de la imagen decía: «La linda desconocida ahora es mi linda esposa, te amo con locura, @MasterOfKitties».

Daniela le dio un «Me gusta» a la foto y comentó:

Yo también te amo, @BernardoBarrios, lo dije una vez y lo vuelvo a repetir, «Yo te vi primero».